

LA VOZ DE CUBA.

HABANA, OCTUBRE 20 DE 1892.

Repitiremos las lecciones.

Sabemos hace mucho tiempo cómo proceden los autonomistas y ultra-demócratas de Cuba, cuando quieren eludir las contestaciones concretas y sabemos cómo tergiversan las frases y dan tortura a los conceptos, cuando les conviene calificar de oscuros los escritos de los conservadores; y sabemos, en fin, cómo se desentienden de los actos y antecedentes de los promotores de sus respectivos partidos. Ahora mismo se está viendo cómo el *Triunfo*, que ha declarado la guerra al *Billete*, supone confuso lo que está bien claro, y no quiere recordar lo que han practicado sus mejores amigos, y pretende desfigurar acontecimientos que son de todos bien conocidos. Pero, como nos proponemos repetir las lecciones cuantas veces sea necesario, hasta poner en evidencia la verdad, y como hemos de demostrar que, si nuestros adversarios han declarado la guerra al *Billete*, lo que emitió el Gobierno para salvar la Isla, ha sido con objeto de provocar una crisis mercantil y económica favorable a sus proyectos políticos, de nuestro sencillo trabajo se podrá deducir lo que sucederá en Cuba, si nuestros hombres de negocios y el público en general, siguieran los consejos del órgano más caracterizado del partido autonomista.

En las circunstancias que atravesamos, es necesario elucidar bien estas cuestiones, a fin de que, individuos, corporaciones, clases importantes de esta sociedad, por falta de previsión y por egoísmo no se presten a servir de auxiliares a un partido que, evolucionando hacia medio siglo, a fin de llegar a sus definitivos ideales, es el verdadero causante de las perturbaciones y desgracias de esta Antilla. El asunto de los billetes es de la más alta importancia; y conviene que banqueros, hacendados, comerciantes y especuladores, comprendan bien de lo que se trata: los que no pertenezcan al partido que aspira a separar los intereses morales y materiales de Cuba de los de la Madre Patria, deben colocarse a nuestro lado, para combatir a los que emiten el *Triunfo*, publican noticias con el epígrafe de "Contra el *Billete*". A todos los que no aspiran a separar de hecho esta Antilla de la Metrópoli, les interesa evitar la crisis mercantil y económica que producirá en toda la Isla "la muerte del *Billete*", que es lo que se busca hace tiempo.

Es necesario no olvidar que en todos los países, cuando sobreviene una crisis mercantil y económica de gran magnitud, ninguna clase de la sociedad deja de sentir sus funestos efectos. Por lo regular, el que más tiene más pierde, sin que nadie gane, y empujados la suerte de las clases más numerosas y menos afortunadas. No es absurdo suponer que todo el que compra y vende en oro estará libre de pérdidas? Si los que quisieran matar el *Billete* consiguen su objeto, ¿quién podría pagar lo que debe? El que produce artículos que se venden en oro, ¿podría pagar en papel los materiales que consume y los operarios que emplea? ¿Encontrarían todos los que hacen pagos y comprar efectos para tener abastecidos sus almacenes? Los que con un fin político bien marcado, repiten hoy en la Habana todo lo que contra el *Billete* emitió por el gobierno dijeron en 1869 desde Nueva Orleans y desde Nueva York algunos publicistas bien conocidos; aunque hábiles, como se ha dicho, en desentenderse de los argumentos sólidos y en suponer oscuro lo que está claro, no adelantarán un paso, porque estamos aquí dispuestos a repetir las lecciones que los estamos dando, con la mayor sangre fría; sin altermos por las impermencias de los desechados.

Por fortuna, ya no se subordina todo a una hipótesis absurda, como la que desde 1869 hasta 1871, facilitó a los que entonces se llamaban reformistas, los medios de hacer su funesta propaganda, sin que se pudiera contestar debidamente, como hemos dicho en otros artículos. Ahora, repetiremos las lecciones que tanto necesitan ciertas gentes, apoyando con nuevas citas la exactitud de nuestros relatos y la bondad de nuestras doctrinas, a fin de que se vea lo que pudiera resultar de una crisis comercial y económica. Como conviene explicar lo que en otros países ha sucedido, en circunstancias análogas, ampliaremos nuestras observaciones a fin de desbaratar los proyectos de los que esperan que por el camino de las perturbaciones han de conseguir la autonomía canadiense.

El *Triunfo* sabe, tan bien como nosotros lo que sucedió en Inglaterra, durante los veinte y dos años que duró el privilegio concedido al Banco, para no pagar en oro el papel que emitía y que prestaba al Gobierno: sabe que por cien libras esterlinas en billetes no se llegaron a dar setenta y cuatro en oro; pero se hace el desentendido, y contesta con observaciones pueriles. ¿Qué economistas los de *El Triunfo*? Si no se contentan con las que podemos sacar de la obra coronada de Mr. Worms, echaremos mano de las de cien otros autores.

El Gobierno de Cuba, en 1869, emitió billetes del Banco y no papel moneda del Gobierno mismo, porque comprendió lo que podían hacer sus enemigos. Los escritores que nada pudieron conseguir con sus artículos contra los billetes, hubieran muerto entonces al papel del gobierno: los españoles de Cuba en 1869 desarmaron a los economistas enemigos, porque sabían lo que cerca de cien años había sucedido en la república vecina. El Congreso había emitido papel para sostener la guerra, dando valores que debían ser pagados a los tenedores como el nuevo gobierno anglo-americano carecía de oro y plata, los billetes no inspiraban confianza, y no se recibían sin pérdida. Los que tenían en venta los artículos que el ejército necesitaba, no los cedían si se les pagaba en papel a la par, y el Congreso no quería que sus agentes diesen los valores por menos de su valor: como era de temer, no hubo modo de proporcionar vestido ni alimento a los soldados. Lo mismo hubiera sucedido en Cuba en los

billetes que se admitieron a la par con el oro, a pesar de cuanto escribieron contra aquellas emisiones los enemigos de España, desde 1869 hasta 1871. ¿Los españoles supieron más y se entendieron mejor de lo que a sus enemigos convenía?

Si nuestros autonomistas no olvidaron lo que no les tiene cuenta recordar, sabrían que en 1870, cuando la situación económica de los Estados Unidos parecía desesperada, el Congreso concedió a Roberto Morris la autorización para fundar un banco nacional, lo que le sacando fondos de la gente rica, proporcionó recursos al Congreso.

Si aquí no tuviéramos un partido interesado en extraviar la opinión pública y alucinar a clases poco previsoras; si no se pidieran reformas encaminadas a disminuir los recursos del Tesoro y a mantener los dineros ahogados, ninguna dificultad hubiera presentado el trabajo de consolidar la deuda, amortizar los billetes del Banco emitidos por el gobierno y reorganizar y moralizar la Administración de la Isla. Pero como en Cuba, después de los acontecimientos del Zanjón, los hábiles autonomistas han trabajado en favor de sus ideales, y como en Cuba no faltan individuos y colectividades que por egoísmo, por falta de previsión u otras causas están ayudando, a quizá sin pensarlo, a los que solo trabajan en favor de lo que llaman "Gobierno propio," nosotros nos vemos en la necesidad de repetir las lecciones, aprovechándonos de la nueva situación creada a la prensa periódica, desde la supresión de la previa censura, para poner en evidencia las combinaciones, trabajos y manejos de nuestros adversarios; sin desconocer que una amarga han de ser para ellos las verdades que exponemos en estos artículos.

Ha llegado la hora de no atenernos a la hipótesis absurda que se inventó en 1859: es necesario recordarlo todo. Los que de todo se aprovechan para desvirtuar lo que cuanto aquí existe y ha existido, suponiendo que únicamente con gobierno propio Cuba puede prosperar y poner término a los abusos, terminaremos hoy sentando una verdad que hemos expuesto varias veces: los que de repetir una lección importante a los que, abusando de la imprenta de ciertas clases, suponen que solo en la Isla de Cuba se han conocido los malos empleados, los abusos y los desvíos. A fin de que los hombres bien intencionados comprendan la dicha donde van los que pretenden explotar en favor de los partidos los males que nos aquejan, vamos a copiar lo que dice un escritor anglo-americano respecto a lo que pasó en la hoy floreciente nación, cuando una parte de sus habitantes se aprovechaban de las desgracias públicas y de los sacrificios que la inmensa mayoría de los habitantes del país estaban haciendo. Con esto ampliaremos lo dicho en las lecciones que repetimos y repetiremos mientras los sabios autonomistas se empeñen en negar los hechos y en no darse por enterados.

"Al terminarse el año de 1779, dice el historiador anglo-americano, apenas podía obtenerse un peso en metal por cuarenta en billetes continentales. Fluctuando en esta situación, el valor del billete, hubo cierta clase de hombres que prefirieron especular con esta clase de moneda, al ejercicio de otra industria más honrada; y a menudo en los cambios que ocurrían, los piques acumulaban de repente gran suma de riqueza, al paso que personas muy dignas y de medianos recursos se veían súbitamente sumidos en la pobreza. No poca sorpresa causó a los que se acordaban de la vida privada al saber otra de las causas por las que se veían en desprecio el papel-moneda americano. En aquella ocasión, Inglaterra se convirtió en moneda falsa; sus ministros cambiaron, y los generales ingleses las distribuyeron; unas enteras de billetes espurios, tan perfectamente imitados, que apenas podían distinguirse de los verdaderos."

Dispuestos a repetir las lecciones y a recordar lo que, al parecer, han olvidado nuestros adversarios, con la realidad que nos caracteriza, debemos advertir que los que juzgamos tan bien enterados como lo estamos nosotros mismos de lo que en otros países ha sucedido con el papel moneda y los billetes del Banco Nacional. Recordando que durante la guerra, y después de terminada, de las muchas falsificaciones de billetes que se han descubierto en la Isla, no pocas estaban dirigidas por personas poco adividas a la nacionalidad española, bien pudiéramos deducir que eran conocidos de nuestros adversarios los medios a que habían apelado los ingleses cien años antes para vencer a sus adversarios. He aquí por lo que no hemos de desistirse de nuestro empeño: aprovechándonos de las ventajas que la nueva situación nos ofrece, hemos de atacar por su base todos los proyectos de nuestros hábiles y pertinaces autonomistas que, de todo escapan partido para llevar a adelante sus proyectos.

En otros artículos demostraremos los perjuicios que a propietarios, hacendados, banqueros, comerciantes y gentes que viven de su trabajo, se habrían de seguir, si se les hacen eruda guerra al *Billete*. Si no se contentan con las que podemos sacar de la obra coronada de Mr. Worms, echaremos mano de las de cien otros autores.

El Gobierno de Cuba, en 1869, emitió billetes del Banco y no papel moneda del Gobierno mismo, porque comprendió lo que podían hacer sus enemigos. Los escritores que nada pudieron conseguir con sus artículos contra los billetes, hubieran muerto entonces al papel del gobierno: los españoles de Cuba en 1869 desarmaron a los economistas enemigos, porque sabían lo que cerca de cien años había sucedido en la república vecina. El Congreso había emitido papel para sostener la guerra, dando valores que debían ser pagados a los tenedores como el nuevo gobierno anglo-americano carecía de oro y plata, los billetes no inspiraban confianza, y no se recibían sin pérdida. Los que tenían en venta los artículos que el ejército necesitaba, no los cedían si se les pagaba en papel a la par, y el Congreso no quería que sus agentes diesen los valores por menos de su valor: como era de temer, no hubo modo de proporcionar vestido ni alimento a los soldados. Lo mismo hubiera sucedido en Cuba en los

billetes que se admitieron a la par con el oro, a pesar de cuanto escribieron contra aquellas emisiones los enemigos de España, desde 1869 hasta 1871. ¿Los españoles supieron más y se entendieron mejor de lo que a sus enemigos convenía?

Si nuestros autonomistas no olvidaron lo que no les tiene cuenta recordar, sabrían que en 1870, cuando la situación económica de los Estados Unidos parecía desesperada, el Congreso concedió a Roberto Morris la autorización para fundar un banco nacional, lo que le sacando fondos de la gente rica, proporcionó recursos al Congreso.

Si aquí no tuviéramos un partido interesado en extraviar la opinión pública y alucinar a clases poco previsoras; si no se pidieran reformas encaminadas a disminuir los recursos del Tesoro y a mantener los dineros ahogados, ninguna dificultad hubiera presentado el trabajo de consolidar la deuda, amortizar los billetes del Banco emitidos por el gobierno y reorganizar y moralizar la Administración de la Isla. Pero como en Cuba, después de los acontecimientos del Zanjón, los hábiles autonomistas han trabajado en favor de sus ideales, y como en Cuba no faltan individuos y colectividades que por egoísmo, por falta de previsión u otras causas están ayudando, a quizá sin pensarlo, a los que solo trabajan en favor de lo que llaman "Gobierno propio," nosotros nos vemos en la necesidad de repetir las lecciones, aprovechándonos de la nueva situación creada a la prensa periódica, desde la supresión de la previa censura, para poner en evidencia las combinaciones, trabajos y manejos de nuestros adversarios; sin desconocer que una amarga han de ser para ellos las verdades que exponemos en estos artículos.

Ha llegado la hora de no atenernos a la hipótesis absurda que se inventó en 1859: es necesario recordarlo todo. Los que de todo se aprovechan para desvirtuar lo que cuanto aquí existe y ha existido, suponiendo que únicamente con gobierno propio Cuba puede prosperar y poner término a los abusos, terminaremos hoy sentando una verdad que hemos expuesto varias veces: los que de repetir una lección importante a los que, abusando de la imprenta de ciertas clases, suponen que solo en la Isla de Cuba se han conocido los malos empleados, los abusos y los desvíos. A fin de que los hombres bien intencionados comprendan la dicha donde van los que pretenden explotar en favor de los partidos los males que nos aquejan, vamos a copiar lo que dice un escritor anglo-americano respecto a lo que pasó en la hoy floreciente nación, cuando una parte de sus habitantes se aprovechaban de las desgracias públicas y de los sacrificios que la inmensa mayoría de los habitantes del país estaban haciendo. Con esto ampliaremos lo dicho en las lecciones que repetimos y repetiremos mientras los sabios autonomistas se empeñen en negar los hechos y en no darse por enterados.

"Cuanto el general La Portilla se resistía a la idea de dar a los reformistas, a los que se llamaban reformistas, los medios de hacer su funesta propaganda, sin que se pudiera contestar debidamente, como hemos dicho en otros artículos. Ahora, repetiremos las lecciones que tanto necesitan ciertas gentes, apoyando con nuevas citas la exactitud de nuestros relatos y la bondad de nuestras doctrinas, a fin de que se vea lo que pudiera resultar de una crisis comercial y económica. Como conviene explicar lo que en otros países ha sucedido, en circunstancias análogas, ampliaremos nuestras observaciones a fin de desbaratar los proyectos de los que esperan que por el camino de las perturbaciones han de conseguir la autonomía canadiense.

El *Triunfo* sabe, tan bien como nosotros lo que sucedió en Inglaterra, durante los veinte y dos años que duró el privilegio concedido al Banco, para no pagar en oro el papel que emitía y que prestaba al Gobierno: sabe que por cien libras esterlinas en billetes no se llegaron a dar setenta y cuatro en oro; pero se hace el desentendido, y contesta con observaciones pueriles. ¿Qué economistas los de *El Triunfo*? Si no se contentan con las que podemos sacar de la obra coronada de Mr. Worms, echaremos mano de las de cien otros autores.

El Gobierno de Cuba, en 1869, emitió billetes del Banco y no papel moneda del Gobierno mismo, porque comprendió lo que podían hacer sus enemigos. Los escritores que nada pudieron conseguir con sus artículos contra los billetes, hubieran muerto entonces al papel del gobierno: los españoles de Cuba en 1869 desarmaron a los economistas enemigos, porque sabían lo que cerca de cien años había sucedido en la república vecina. El Congreso había emitido papel para sostener la guerra, dando valores que debían ser pagados a los tenedores como el nuevo gobierno anglo-americano carecía de oro y plata, los billetes no inspiraban confianza, y no se recibían sin pérdida. Los que tenían en venta los artículos que el ejército necesitaba, no los cedían si se les pagaba en papel a la par, y el Congreso no quería que sus agentes diesen los valores por menos de su valor: como era de temer, no hubo modo de proporcionar vestido ni alimento a los soldados. Lo mismo hubiera sucedido en Cuba en los

billetes que se admitieron a la par con el oro, a pesar de cuanto escribieron contra aquellas emisiones los enemigos de España, desde 1869 hasta 1871. ¿Los españoles supieron más y se entendieron mejor de lo que a sus enemigos convenía?

Si nuestros autonomistas no olvidaron lo que no les tiene cuenta recordar, sabrían que en 1870, cuando la situación económica de los Estados Unidos parecía desesperada, el Congreso concedió a Roberto Morris la autorización para fundar un banco nacional, lo que le sacando fondos de la gente rica, proporcionó recursos al Congreso.

Si aquí no tuviéramos un partido interesado en extraviar la opinión pública y alucinar a clases poco previsoras; si no se pidieran reformas encaminadas a disminuir los recursos del Tesoro y a mantener los dineros ahogados, ninguna dificultad hubiera presentado el trabajo de consolidar la deuda, amortizar los billetes del Banco emitidos por el gobierno y reorganizar y moralizar la Administración de la Isla. Pero como en Cuba, después de los acontecimientos del Zanjón, los hábiles autonomistas han trabajado en favor de sus ideales, y como en Cuba no faltan individuos y colectividades que por egoísmo, por falta de previsión u otras causas están ayudando, a quizá sin pensarlo, a los que solo trabajan en favor de lo que llaman "Gobierno propio," nosotros nos vemos en la necesidad de repetir las lecciones, aprovechándonos de la nueva situación creada a la prensa periódica, desde la supresión de la previa censura, para poner en evidencia las combinaciones, trabajos y manejos de nuestros adversarios; sin desconocer que una amarga han de ser para ellos las verdades que exponemos en estos artículos.

Ha llegado la hora de no atenernos a la hipótesis absurda que se inventó en 1859: es necesario recordarlo todo. Los que de todo se aprovechan para desvirtuar lo que cuanto aquí existe y ha existido, suponiendo que únicamente con gobierno propio Cuba puede prosperar y poner término a los abusos, terminaremos hoy sentando una verdad que hemos expuesto varias veces: los que de repetir una lección importante a los que, abusando de la imprenta de ciertas clases, suponen que solo en la Isla de Cuba se han conocido los malos empleados, los abusos y los desvíos. A fin de que los hombres bien intencionados comprendan la dicha donde van los que pretenden explotar en favor de los partidos los males que nos aquejan, vamos a copiar lo que dice un escritor anglo-americano respecto a lo que pasó en la hoy floreciente nación, cuando una parte de sus habitantes se aprovechaban de las desgracias públicas y de los sacrificios que la inmensa mayoría de los habitantes del país estaban haciendo. Con esto ampliaremos lo dicho en las lecciones que repetimos y repetiremos mientras los sabios autonomistas se empeñen en negar los hechos y en no darse por enterados.

Dispuestos a repetir las lecciones y a recordar lo que, al parecer, han olvidado nuestros adversarios, con la realidad que nos caracteriza, debemos advertir que los que juzgamos tan bien enterados como lo estamos nosotros mismos de lo que en otros países ha sucedido con el papel moneda y los billetes del Banco Nacional. Recordando que durante la guerra, y después de terminada, de las muchas falsificaciones de billetes que se han descubierto en la Isla, no pocas estaban dirigidas por personas poco adividas a la nacionalidad española, bien pudiéramos deducir que eran conocidos de nuestros adversarios los medios a que habían apelado los ingleses cien años antes para vencer a sus adversarios. He aquí por lo que no hemos de desistirse de nuestro empeño: aprovechándonos de las ventajas que la nueva situación nos ofrece, hemos de atacar por su base todos los proyectos de nuestros hábiles y pertinaces autonomistas que, de todo escapan partido para llevar a adelante sus proyectos.

En otros artículos demostraremos los perjuicios que a propietarios, hacendados, banqueros, comerciantes y gentes que viven de su trabajo, se habrían de seguir, si se les hacen eruda guerra al *Billete*. Si no se contentan con las que podemos sacar de la obra coronada de Mr. Worms, echaremos mano de las de cien otros autores.

El Gobierno de Cuba, en 1869, emitió billetes del Banco y no papel moneda del Gobierno mismo, porque comprendió lo que podían hacer sus enemigos. Los escritores que nada pudieron conseguir con sus artículos contra los billetes, hubieran muerto entonces al papel del gobierno: los españoles de Cuba en 1869 desarmaron a los economistas enemigos, porque sabían lo que cerca de cien años había sucedido en la república vecina. El Congreso había emitido papel para sostener la guerra, dando valores que debían ser pagados a los tenedores como el nuevo gobierno anglo-americano carecía de oro y plata, los billetes no inspiraban confianza, y no se recibían sin pérdida. Los que tenían en venta los artículos que el ejército necesitaba, no los cedían si se les pagaba en papel a la par, y el Congreso no quería que sus agentes diesen los valores por menos de su valor: como era de temer, no hubo modo de proporcionar vestido ni alimento a los soldados. Lo mismo hubiera sucedido en Cuba en los

billetes que se admitieron a la par con el oro, a pesar de cuanto escribieron contra aquellas emisiones los enemigos de España, desde 1869 hasta 1871. ¿Los españoles supieron más y se entendieron mejor de lo que a sus enemigos convenía?

Si nuestros autonomistas no olvidaron lo que no les tiene cuenta recordar, sabrían que en 1870, cuando la situación económica de los Estados Unidos parecía desesperada, el Congreso concedió a Roberto Morris la autorización para fundar un banco nacional, lo que le sacando fondos de la gente rica, proporcionó recursos al Congreso.

Si aquí no tuviéramos un partido interesado en extraviar la opinión pública y alucinar a clases poco previsoras; si no se pidieran reformas encaminadas a disminuir los recursos del Tesoro y a mantener los dineros ahogados, ninguna dificultad hubiera presentado el trabajo de consolidar la deuda, amortizar los billetes del Banco emitidos por el gobierno y reorganizar y moralizar la Administración de la Isla. Pero como en Cuba, después de los acontecimientos del Zanjón, los hábiles autonomistas han trabajado en favor de sus ideales, y como en Cuba no faltan individuos y colectividades que por egoísmo, por falta de previsión u otras causas están ayudando, a quizá sin pensarlo, a los que solo trabajan en favor de lo que llaman "Gobierno propio," nosotros nos vemos en la necesidad de repetir las lecciones, aprovechándonos de la nueva situación creada a la prensa periódica, desde la supresión de la previa censura, para poner en evidencia las combinaciones, trabajos y manejos de nuestros adversarios; sin desconocer que una amarga han de ser para ellos las verdades que exponemos en estos artículos.

"Cuanto el general La Portilla se resistía a la idea de dar a los reformistas, a los que se llamaban reformistas, los medios de hacer su funesta propaganda, sin que se pudiera contestar debidamente, como hemos dicho en otros artículos. Ahora, repetiremos las lecciones que tanto necesitan ciertas gentes, apoyando con nuevas citas la exactitud de nuestros relatos y la bondad de nuestras doctrinas, a fin de que se vea lo que pudiera resultar de una crisis comercial y económica. Como conviene explicar lo que en otros países ha sucedido, en circunstancias análogas, ampliaremos nuestras observaciones a fin de desbaratar los proyectos de los que esperan que por el camino de las perturbaciones han de conseguir la autonomía canadiense.

El *Triunfo* sabe, tan bien como nosotros lo que sucedió en Inglaterra, durante los veinte y dos años que duró el privilegio concedido al Banco, para no pagar en oro el papel que emitía y que prestaba al Gobierno: sabe que por cien libras esterlinas en billetes no se llegaron a dar setenta y cuatro en oro; pero se hace el desentendido, y contesta con observaciones pueriles. ¿Qué economistas los de *El Triunfo*? Si no se contentan con las que podemos sacar de la obra coronada de Mr. Worms, echaremos mano de las de cien otros autores.

El Gobierno de Cuba, en 1869, emitió billetes del Banco y no papel moneda del Gobierno mismo, porque comprendió lo que podían hacer sus enemigos. Los escritores que nada pudieron conseguir con sus artículos contra los billetes, hubieran muerto entonces al papel del gobierno: los españoles de Cuba en 1869 desarmaron a los economistas enemigos, porque sabían lo que cerca de cien años había sucedido en la república vecina. El Congreso había emitido papel para sostener la guerra, dando valores que debían ser pagados a los tenedores como el nuevo gobierno anglo-americano carecía de oro y plata, los billetes no inspiraban confianza, y no se recibían sin pérdida. Los que tenían en venta los artículos que el ejército necesitaba, no los cedían si se les pagaba en papel a la par, y el Congreso no quería que sus agentes diesen los valores por menos de su valor: como era de temer, no hubo modo de proporcionar vestido ni alimento a los soldados. Lo mismo hubiera sucedido en Cuba en los

billetes que se admitieron a la par con el oro, a pesar de cuanto escribieron contra aquellas emisiones los enemigos de España, desde 1869 hasta 1871. ¿Los españoles supieron más y se entendieron mejor de lo que a sus enemigos convenía?

Si nuestros autonomistas no olvidaron lo que no les tiene cuenta recordar, sabrían que en 1870, cuando la situación económica de los Estados Unidos parecía desesperada, el Congreso concedió a Roberto Morris la autorización para fundar un banco nacional, lo que le sacando fondos de la gente rica, proporcionó recursos al Congreso.

Si aquí no tuviéramos un partido interesado en extraviar la opinión pública y alucinar a clases poco previsoras; si no se pidieran reformas encaminadas a disminuir los recursos del Tesoro y a mantener los dineros ahogados, ninguna dificultad hubiera presentado el trabajo de consolidar la deuda, amortizar los billetes del Banco emitidos por el gobierno y reorganizar y moralizar la Administración de la Isla. Pero como en Cuba, después de los acontecimientos del Zanjón, los hábiles autonomistas han trabajado en favor de sus ideales, y como en Cuba no faltan individuos y colectividades que por egoísmo, por falta de previsión u otras causas están ayudando, a quizá sin pensarlo, a los que solo trabajan en favor de lo que llaman "Gobierno propio," nosotros nos vemos en la necesidad de repetir las lecciones, aprovechándonos de la nueva situación creada a la prensa periódica, desde la supresión de la previa censura, para poner en evidencia las combinaciones, trabajos y manejos de nuestros adversarios; sin desconocer que una amarga han de ser para ellos las verdades que exponemos en estos artículos.

Ha llegado la hora de no atenernos a la hipótesis absurda que se inventó en 1859: es necesario recordarlo todo. Los que de todo se aprovechan para desvirtuar lo que cuanto aquí existe y ha existido, suponiendo que únicamente con gobierno propio Cuba puede prosperar y poner término a los abusos, terminaremos hoy sentando una verdad que hemos expuesto varias veces: los que de repetir una lección importante a los que, abusando de la imprenta de ciertas clases, suponen que solo en la Isla de Cuba se han conocido los malos empleados, los abusos y los desvíos. A fin de que los hombres bien intencionados comprendan la dicha donde van los que pretenden explotar en favor de los partidos los males que nos aquejan, vamos a copiar lo que dice un escritor anglo-americano respecto a lo que pasó en la hoy floreciente nación, cuando una parte de sus habitantes se aprovechaban de las desgracias públicas y de los sacrificios que la inmensa mayoría de los habitantes del país estaban haciendo. Con esto ampliaremos lo dicho en las lecciones que repetimos y repetiremos mientras los sabios autonomistas se empeñen en negar los hechos y en no darse por enterados.

Dispuestos a repetir las lecciones y a recordar lo que, al parecer, han olvidado nuestros adversarios, con la realidad que nos caracteriza, debemos advertir que los que juzgamos tan bien enterados como lo estamos nosotros mismos de lo que en otros países ha sucedido con el papel moneda y los billetes del Banco Nacional. Recordando que durante la guerra, y después de terminada, de las muchas falsificaciones de billetes que se han descubierto en la Isla, no pocas estaban dirigidas por personas poco adividas a la nacionalidad española, bien pudiéramos deducir que eran conocidos de nuestros adversarios los medios a que habían apelado los ingleses cien años antes para vencer a sus adversarios. He aquí por lo que no hemos de desistirse de nuestro empeño: aprovechándonos de las ventajas que la nueva situación nos ofrece, hemos de atacar por su base todos los proyectos de nuestros hábiles y pertinaces autonomistas que, de todo escapan partido para llevar a adelante sus proyectos.

En otros artículos demostraremos los perjuicios que a propietarios, hacendados, banqueros, comerciantes y gentes que viven de su trabajo, se habrían de seguir, si se les hacen eruda guerra al *Billete*. Si no se contentan con las que podemos sacar de la obra coronada de Mr. Worms, echaremos mano de las de cien otros autores.

El Gobierno de Cuba, en 1869, emitió billetes del Banco y no papel moneda del Gobierno mismo, porque comprendió lo que podían hacer sus enemigos. Los escritores que nada pudieron conseguir con sus artículos contra los billetes, hubieran muerto entonces al papel del gobierno: los españoles de Cuba en 1869 desarmaron a los economistas enemigos, porque sabían lo que cerca de cien años había sucedido en la república vecina. El Congreso había emitido papel para sostener la guerra, dando valores que debían ser pagados a los tenedores como el nuevo gobierno anglo-americano carecía de oro y plata, los billetes no inspiraban confianza, y no se recibían sin pérdida. Los que tenían en venta los artículos que el ejército necesitaba, no los cedían si se les pagaba en papel a la par, y el Congreso no quería que sus agentes diesen los valores por menos de su valor: como era de temer, no hubo modo de proporcionar vestido ni alimento a los soldados. Lo mismo hubiera sucedido en Cuba en los

billetes que se admitieron a la par con el oro, a pesar de cuanto escribieron contra aquellas emisiones los enemigos de España, desde 1869 hasta 1871. ¿Los españoles supieron más y se entendieron mejor de lo que a sus enemigos convenía?

Si nuestros autonomistas no olvidaron lo que no les tiene cuenta recordar, sabrían que en 1870, cuando la situación económica de los Estados Unidos parecía desesperada, el Congreso concedió a Roberto Morris la autorización para fundar un banco nacional, lo que le sacando fondos de la gente rica, proporcionó recursos al Congreso.

Si aquí no tuviéramos un partido interesado en extraviar la opinión pública y alucinar a clases poco previsoras; si no se pidieran reformas encaminadas a disminuir los recursos del Tesoro y a mantener los dineros ahogados, ninguna dificultad hubiera presentado el trabajo de consolidar la deuda, amortizar los billetes del Banco emitidos por el gobierno y reorganizar y moralizar la Administración de la Isla. Pero como en Cuba, después de los acontecimientos del Zanjón, los hábiles autonomistas han trabajado en favor de sus ideales, y como en Cuba no faltan individuos y colectividades que por egoísmo, por falta de previsión u otras causas están ayudando, a quizá sin pensarlo, a los que solo trabajan en favor de lo que llaman "Gobierno propio," nosotros nos vemos en la necesidad de repetir las lecciones, aprovechándonos de la nueva situación creada a la prensa periódica, desde la supresión de la previa censura, para poner en evidencia las combinaciones, trabajos y manejos de nuestros adversarios; sin desconocer que una amarga han de ser para ellos las verdades que exponemos en estos artículos.

"Cuanto el general La Portilla se resistía a la idea de dar a los reformistas, a los que se llamaban reformistas, los medios de hacer su funesta propaganda, sin que se pudiera contestar debidamente, como hemos dicho en otros artículos. Ahora, repetiremos las lecciones que tanto necesitan ciertas gentes, apoyando con nuevas citas la exactitud de nuestros relatos y la bondad de nuestras doctrinas, a fin de que se vea lo que pudiera resultar de una crisis comercial y económica. Como conviene explicar lo que en otros países ha sucedido, en circunstancias análogas, ampliaremos nuestras observaciones a fin de desbaratar los proyectos de los que esperan que por el camino de las perturbaciones han de conseguir la autonomía canadiense.

El *Triunfo* sabe, tan bien como nosotros lo que sucedió en Inglaterra, durante los veinte y dos años que duró el privilegio concedido al Banco, para no pagar en oro el papel que emitía y que prestaba al Gobierno: sabe que por cien libras esterlinas en billetes no se llegaron a dar setenta y cuatro en oro; pero se hace el desentendido, y contesta con observaciones pueriles. ¿Qué economistas los de *El Triunfo*? Si no se contentan con las que podemos sacar de la obra coronada de Mr. Worms, echaremos mano de las de cien otros autores.

El Gobierno de Cuba, en 1869, emitió billetes del Banco y no papel moneda del Gobierno mismo, porque comprendió lo que podían hacer sus enemigos. Los escritores que nada pudieron conseguir con sus artículos contra los billetes, hubieran muerto entonces al papel del gobierno: los españoles de Cuba en 1869 desarmaron a los economistas enemigos, porque sabían lo que cerca de cien años había sucedido en la república vecina. El Congreso había emitido papel para sostener la guerra, dando valores que debían ser pagados a los tenedores como el nuevo gobierno anglo-americano carecía de oro y plata, los billetes no inspiraban confianza, y no se recibían sin pérdida. Los que tenían en venta los artículos que el ejército necesitaba, no los cedían si se les pagaba en papel a la par, y el Congreso no quería que sus agentes diesen los valores por menos de su valor: como era de temer, no hubo modo de proporcionar vestido ni alimento a los soldados. Lo mismo hubiera sucedido en Cuba en los

billetes que se admitieron a la par con el oro, a pesar de cuanto escribieron contra aquellas emisiones los enemigos de España, desde 1869 hasta 1871. ¿Los españoles supieron más y se entendieron mejor de lo que a sus enemigos convenía?

Si nuestros autonomistas no olvidaron lo que no les tiene cuenta recordar, sabrían que en 1870, cuando la situación económica de los Estados Unidos parecía desesperada, el Congreso concedió a Roberto Morris la autorización para fundar un banco nacional, lo que le sacando fondos de la gente rica, proporcionó recursos al Congreso.

Si aquí no tuviéramos un partido interesado en extraviar la opinión pública y alucinar a clases poco previsoras; si no se pidieran reformas encaminadas a disminuir los recursos del Tesoro y a mantener los dineros ahogados, ninguna dificultad hubiera presentado el trabajo de consolidar la deuda, amortizar los billetes del Banco emitidos por el gobierno y reorganizar y moralizar la Administración de la Isla. Pero como en Cuba, después de los acontecimientos del Zanjón, los hábiles autonomistas han trabajado en favor de sus ideales, y como en Cuba no faltan individuos y colectividades que por egoísmo, por falta de previsión u otras causas están ayudando, a quizá sin pensarlo, a los que solo trabajan en favor de lo que llaman "Gobierno propio," nosotros nos vemos en la necesidad de repetir las lecciones, aprovechándonos de la nueva situación creada a la prensa periódica, desde la supresión de la previa censura, para poner en evidencia las combinaciones, trabajos y manejos de nuestros adversarios; sin desconocer que una amarga han de ser para ellos las verdades que exponemos en estos artículos.

Ha llegado la hora de no atenernos a la hipótesis absurda que se inventó en 1859: es necesario recordarlo todo. Los que de todo se aprovechan para desvirtuar lo que cuanto aquí existe y ha existido, suponiendo que únicamente con gobierno propio Cuba puede prosperar y poner término a los abusos, terminaremos hoy sentando una verdad que hemos expuesto varias veces: los que de repetir una lección importante a los que, abusando de la imprenta de ciertas clases, suponen que solo en la Isla de Cuba se han conocido los malos empleados, los abusos y los desvíos. A fin de que los hombres bien intencionados comprendan la dicha donde van los que pretenden explotar en favor de los partidos los males que nos aquejan, vamos a copiar lo que dice un escritor anglo-americano respecto a lo que pasó en la hoy floreciente nación, cuando una parte de sus habitantes se aprovechaban de las desgracias públicas y de los sacrificios que la inmensa mayoría de los habitantes del país estaban haciendo. Con esto ampliaremos lo dicho en las lecciones que repetimos y repetiremos mientras los sabios autonomistas se empeñen en negar los hechos y en no darse por enterados.

Dispuestos a repetir las lecciones y a recordar lo que, al parecer, han olvidado nuestros adversarios, con la realidad que nos caracteriza, debemos advertir que los que juzgamos tan bien enterados como lo estamos nosotros mismos de lo que en otros países ha sucedido con el papel moneda y los billetes del Banco Nacional. Recordando que durante la guerra, y después de terminada, de las muchas falsificaciones de billetes que se han descubierto en la Isla, no pocas estaban dirigidas por personas poco adividas a la nacionalidad española, bien pudiéramos deducir que eran conocidos de nuestros adversarios los medios a que habían apelado los ingleses cien años antes para vencer a sus adversarios. He aquí por lo que no hemos de desistirse de nuestro empeño: aprovechándonos de las ventajas que la nueva situación nos ofrece, hemos de atacar por su base todos los proyectos de nuestros hábiles y pertinaces autonomistas que, de todo escapan partido para llevar a adelante sus proyectos.

En otros artículos demostraremos los perjuicios que a propietarios, hacendados, banqueros, comerciantes y gentes que viven de su trabajo, se habrían de seguir, si se les hacen eruda guerra al *Billete*. Si no se contentan con las que podemos sacar de la obra coronada de Mr. Worms, echaremos mano de las de cien otros autores.

El Gobierno de Cuba, en 1869, emitió billetes del Banco y no papel moneda del Gobierno mismo, porque comprendió lo que podían hacer sus enemigos. Los escritores que nada pudieron conseguir con sus artículos contra los billetes, hubieran muerto entonces al papel del gobierno: los españoles de Cuba en 1869 desarmaron a los economistas enemigos, porque sabían lo que cerca de cien años había sucedido en la república vecina. El Congreso había emitido papel para sostener la guerra, dando valores que debían ser pagados a los tenedores como el nuevo gobierno anglo-americano carecía de oro y plata, los billetes no inspiraban confianza, y no se recibían sin pérdida. Los que tenían en venta los artículos que el ejército necesitaba, no los cedían si se les pagaba en papel a la par, y el Congreso no quería que sus agentes diesen los valores por menos de su valor: como era de temer, no hubo modo de proporcionar vestido ni alimento a los soldados. Lo mismo hubiera sucedido en Cuba en los

billetes que se admitieron a la par con el oro, a pesar de cuanto escribieron contra aquellas emisiones los enemigos de España, desde 1869 hasta 1871. ¿Los españoles supieron más y se entendieron mejor de lo que a sus enemigos convenía?

Si nuestros autonomistas no olvidaron lo que no les tiene cuenta recordar, sabrían que en 1870, cuando la situación económica de los Estados Unidos parecía desesperada, el Congreso concedió a Roberto Morris la autorización para fundar un banco nacional, lo que le sacando fondos de la gente rica, proporcionó recursos al Congreso.

Si aquí no tuviéramos un partido interesado en extraviar la opinión pública y alucinar a clases poco previsoras; si no se pidieran reformas encaminadas a disminuir los recursos del Tesoro y a mantener los dineros ahogados, ninguna dificultad hubiera presentado el trabajo de consolidar la deuda, amortizar los billetes del Banco emitidos por el gobierno y reorganizar y moralizar la Administración de la Isla. Pero como en Cuba, después de los acontecimientos del Zanjón, los hábiles autonomistas han trabajado en favor de sus ideales, y como en Cuba no faltan individuos y colectividades que por egoísmo, por falta de previsión u otras causas están ayudando, a quizá sin pensarlo, a los que solo trabajan en favor de lo que llaman "Gobierno propio," nosotros nos vemos en la necesidad de repetir las lecciones, aprovechándonos de la nueva situación creada a la prensa periódica, desde la supresión de la previa censura, para poner en evidencia las combinaciones, trabajos y manejos de nuestros adversarios; sin desconocer que una amarga han de ser para ellos las verdades que exponemos en estos artículos.

"Cuanto el general La Portilla se resistía a la idea de dar a los reformistas, a los que se llamaban reformistas, los medios de hacer su funesta propaganda, sin que se pudiera contestar debidamente, como hemos dicho en otros artículos. Ahora, repetiremos las lecciones que tanto necesitan ciertas gentes, apoyando con nuevas citas la exactitud de nuestros relatos y la bondad de nuestras doctrinas, a fin de que se vea lo que pudiera resultar de una crisis comercial y económica. Como conviene explicar lo que en otros países ha sucedido, en circunstancias análogas, ampliaremos nuestras observaciones a fin de desbaratar los proyectos de los que esperan que por el camino de las perturbaciones han de conseguir la autonomía canadiense.

El *Triunfo* sabe, tan bien como nosotros lo que sucedió en Inglaterra, durante los veinte y dos años que duró el privilegio concedido al Banco, para no pagar en oro el papel que emitía y que prestaba al Gobierno: sabe que por cien libras esterlinas en billetes no se llegaron a dar setenta y cuatro en oro; pero se hace el desentendido, y contesta con observaciones pueriles. ¿Qué economistas los de *El Triunfo*? Si no se contentan con las que podemos sacar de la obra coronada de Mr. Worms, echaremos mano de las de cien otros autores.

El Gobierno de Cuba, en 1869, emitió billetes del Banco y no papel moneda del Gobierno mismo, porque comprendió lo que podían hacer sus enemigos. Los escritores que nada pudieron conseguir con sus artículos contra los billetes, hubieran muerto entonces al papel del gobierno: los españoles de Cuba en 1869 desarmaron a los economistas enemigos, porque sabían lo que cerca de cien años había sucedido en la república vecina. El Congreso había emitido papel para sostener la guerra, dando valores que debían ser pagados a los tenedores como el nuevo gobierno anglo-americano carecía de oro y plata, los billetes no inspiraban confianza, y no se recibían sin pérdida. Los que tenían en venta los artículos que el ejército necesitaba, no los cedían si se les pagaba en papel a la par,

